

Cuadernos de **Trabajo Social**

ISSN: 0214-0314

 EDICIONES
COMPLUTENSE<http://dx.doi.org/10.5209/CUTS.54585>

Vigilar y corregir: el Trabajo Social en las obras de Michel Foucault y Jacques Donzelot

Lorenzo García Martín¹

Recibido: 30 de noviembre de 2016 / Aceptado: 11 de mayo de 2017 / Disponible on line: 4 de julio de 2017

Resumen. En este artículo se presenta una aproximación teórica a las miradas postestructuralistas sobre el Trabajo Social. En concreto, se analiza el lugar que Michel Foucault y Jacques Donzelot conceden al Trabajo Social en el conjunto de transformaciones de las estrategias de poder de los últimos tres siglos. En el centro de la argumentación tienen especial protagonismo el desarrollo de la biopolítica, la constitución de las familias nucleares en las clases populares, la emergencia de lo social y su reciente devenir en lo social competitivo. Se extrae de la indagación teórica y bibliográfica que, para estos autores, el trabajo social constituye un conjunto de prácticas que cumplen la función social de vigilancia-corrección, en especial sobre los sujetos agrupados en categorías de grupos vulnerables. Se aporta una perspectiva crítica e histórica de la intervención social profesional, entendida como fuerza normalizadora, que lleva los discursos higienistas, familiaristas y psicológicos hacia las clases populares. El trabajo social se inserta en la regulación de las familias modernas, la crianza de los hijos y la expansión de las políticas sociales, y en este sentido, desempeña un rol crucial en la gestión del conflicto social.

Palabras clave: biopolítica; política social; familia moderna; control social; neoliberalismo.

[en] Surveillance and correction: Social Work in Michel Foucault and Jacques Donzelot's works

Abstract. This article presents a theoretical approach to poststructuralist perspectives on social work. Specifically, it analyses the space granted to social work by Michael Foucault and Jacques Donzelot in the series of transformations of power strategies of the last three centuries. The development of biopolitics, the creation of nuclear families in the working class, the emergence of society and its recent transformation into competitive society play a particular role at the centre of the argument. Investigation of these authors' theories and literature reveals their view that social work constitutes a collection of practices that fulfil the social function of oversight-correction, particularly with regard to subjects in vulnerable group categories. A critical and historical perspective of professional social intervention is advanced. It is interpreted as a normalizing force, which provides the working classes with access to discourses regarding health, family and psychology. Social work forms part of the regulation of modern families, the upbringing of children and the expansion of social policies, and in this regard, it plays a crucial role in the management of social conflict.

Keywords: biopolitics; social policy; modern family; social control; neoliberalism.

Sumario: Introducción. 1. La caja de herramientas foucaultiana: disciplinas, biopolítica y gubernamentalidad. 2. El trabajo social en las obras de Foucault y Donzelot. 3. De lo social a lo social competitivo. 4. Conclusiones. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: García Martín, L. (2017) Vigilar y corregir: el Trabajo Social en las obras de Michel Foucault y Jacques Donzelot, en *Cuad. trab. soc.* 30(2), 357-367.

¹ Ayuntamiento de Galapagar, Madrid, España
loregarciamartin@gmail.com

Introducción

Pensar en las recientes transformaciones de los sistemas de bienestar y el impacto sobre el trabajo social puede hacerse desde muy distintas ópticas. El marco elegido puede determinar incluso qué se entienda por Trabajo Social, qué ha sido y qué tiene que ser ese objeto. Este artículo explora la línea de investigaciones genealógicas de dos autores que pueden agruparse bajo la etiqueta de «postestructuralistas»: Michel Foucault y Jacques Donzelot. El primero constituye un icono del pensamiento de nuestro tiempo y sus obras se encuentran entre las más citadas en ciencias sociales. Sin embargo, su óptica y su vocabulario no son comunes en el ámbito del Trabajo Social profesional. Foucault proporciona un valioso aporte histórico acerca de los cambios en el poder, el saber y las subjetividades de nuestra época. El concepto de biopolítica resulta esencial para hablar del Trabajo Social desde este punto de vista. Donzelot, por su parte, desarrolla varias investigaciones en una línea metodológica y conceptual en deuda con Foucault: en sus primeros trabajos, desde la genealogía y el estudio de la biopolítica, y más recientemente, retomando el análisis foucaultiano del neoliberalismo. En Donzelot, la referencia al Trabajo Social es mucho más explícita y directa, y lo encontramos vinculado a las estrategias de poder sobre las familias y al desarrollo de lo social y las políticas sociales. Este autor sigue desarrollando su obra en la actualidad. Con «lo social competitivo» ofrece una herramienta conceptual para pensar en los cambios más recientes en la intervención social.

Este artículo pretende ofrecer un panorama histórico y crítico del Trabajo Social. Primero se introducen brevemente algunos conceptos clave de la obra foucaultiana; a continuación se presenta el papel del Trabajo Social en la obra de estos dos autores, sobre todo, a través del desarrollo histórico que retrata Donzelot; después, se traza una línea temporal hasta la actualidad, con el concepto de lo social competitivo y la gubernamentalidad neoliberal; y finalmente, se presentan

las conclusiones, un panorama general de las ideas que se han expuesto.

1. La caja de herramientas foucaultiana: disciplinas, biopolítica y gubernamentalidad

No es común el vocabulario foucaultiano en el Trabajo Social. Foucault propone una profunda crítica de los cimientos de la modernidad, y con ello, de la masa de técnicos profesionales que intervienen en la vida de las personas. Su pensamiento resulta especialmente complejo, a menudo difícil: una obra enorme, viva, discontinua, que todavía hoy se actualiza con las publicaciones póstumas de los *Cursos en el Collège de France*. Merece la pena, en este sentido, ofrecer una breve introducción a algunos aspectos clave de la obra de este autor, y, en particular, de las referencias de su pensamiento, directas e indirectas, al Trabajo Social.

Judith Revel (2014) condensa la obra foucaultiana en tres etapas: una arqueológica, que contiene las investigaciones del autor hasta 1970, en la que trata de «obtener las condiciones para la emergencia en general de los discursos de saber de una época» (2014, p. 63); otra genealógica, en honor al método de indagación histórica centrado en la singularidad de los acontecimientos, el rastreo y crítica de significantes del presente en el pasado; y otra ética, en la que el autor, sin abandonar las problemáticas anteriores, se centra en la relación del sujeto consigo mismo. Saber, poder y subjetividad, son los temas recurrentes que afloran tras objetos concretos como los manicomios, las prisiones, la gestión política de las poblaciones o la sexualidad.

Foucault (2001, pp. 217-237) describe la transición, en Europa, de un poder soberano a las nuevas formas de poder: las disciplinas y la biopolítica. Mientras que desde finales de la Edad Media hasta el siglo XVIII, el poder se ejerce esencialmente a modo de castigo y espectáculo, como forma de restituir el derecho del soberano a disponer de la vida de los súbditos; desde el siglo XVII hasta el XIX, se produce en Europa una profunda transformación del poder que da lugar a un

despliegue de saberes, prácticas, instituciones de encierro, etc., completamente nuevas. Por un lado, nacen las técnicas disciplinarias, centradas en formar y corregir los cuerpos humanos, hacerlos útiles y a la vez dóciles, en instituciones de reclusión (cárceles, fábricas, hospitales, etc.) donde los individuos se vuelven productivos. De otro lado, se distingue la biopolítica, la otra manera en que se desarrolla el poder a partir del siglo XVIII que es consonante con las disciplinas, pero no similar. Mientras que las disciplinas dan forma a los individuos en cuanto tales, la biopolítica tiene por objeto las poblaciones, los procesos biológicos tomados en conjunto. Las disciplinas son «métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad» (Foucault, 2003, p. 142). La biopolítica, en cambio, es la regulación de las poblaciones mediante «la gestión de la salud, de la higiene, de la alimentación, de la sexualidad, de la natalidad, etc., toda vez que éstas se han convertido en objetivos políticos» (Revel, 2008, p. 35). Si bien es obvia la participación directa del Estado en la biopolítica, ésta se despliega desde una multitud de instancias, discursos y prácticas para terminar regulando «las actividades de las personas hasta en el más tenue de sus detalles» (Foucault, 2007, p. 22). Tanto las disciplinas como la biopolítica tienen por objeto la producción e inscripción de la norma social. Los individuos y las poblaciones interiorizan las normas a través de esa multiplicidad de instituciones, saberes y prácticas. Por último, esta transformación histórica del poder debe leerse no como un proceso autónomo y autodeterminado, sino en vinculación con otras transformaciones económicas, políticas y sociales. El objetivo de constitución de sujetos útiles y aptos para el trabajo se produce precisamente en un momento —el del desarrollo del capitalismo industrial— en que «procesos económicos, mecanismos diversos que en cierta manera permanecían fuera de control, exigían el establecimiento de un poder continuo, preciso, de algún modo atómico» (Foucault, 1999a, p. 242).

Dada esta transformación del poder en Occidente, se hace necesaria una óptica diferente que se centre en el cómo se ejerce el poder en los múltiples espacios y relaciones de la sociedad. Foucault (pp. 235-254) se opone a una visión «jurídica» o «soberana» del poder, como algo que se ostenta y se dirige de manera siempre consciente y estable, particularmente desde el Estado, la ley y la prohibición. Para Foucault el poder se ejerce desde diversos puntos en la sociedad, de manera viva y multidireccional, y su resultado son acciones que transforman otras acciones. El poder es productivo, produce verdades (saberes), produce placer, las condiciones por las que nos constituimos en sujetos, etc. Es más, es difícil hablar de «el poder» con rigor. El autor prefiere hablar de relaciones de poder, término que sugiere una naturaleza dinámica del poder y, por lo tanto, la permanente capacidad de resistencia. En la medida en que el poder no es algo que detenta una de las partes de una relación —ya sea entre individuos, en una relación pedagógica, en la política estatal, etc.— sino que constantemente se es partícipe de ello, de su movimiento, siempre hay posibilidades de hacer algo, de resistir, de poner límites o de intentar subvertir situaciones. Esta óptica permite superar las visiones de víctima impotente frente a verdugo omnipotente, en las que el poder se piensa como propiedad unívoca de un solo actor. Sin embargo, la capacidad de acción y responsabilidad, en este sentido, siempre presentes han de tomarse con suma cautela, pues las relaciones de poder suelen tener un equilibrio muy desigual, y ello implica que existan los estados de dominación, «en los que las relaciones de poder, en lugar de ser móviles y permitir a los diferentes intervinientes una estrategia que las modifique, se encuentran bloqueadas y fijadas... mediante instrumentos que pueden ser tanto económicos como políticos o militares» (1999b, p. 395).

Así pues, nuevas formas de poder se han desplegado desde hace pocos siglos en nuestras sociedades, y con ellas se vienen constituyendo tanto las subjetividades como determinados saberes científicos. La figura del enfermo mental, por ejemplo, que sucede a la difusa y heterogénea categoría de loco, sur-

ge entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX junto a la figura del psiquiatra, el saber psiquiátrico, y la institución disciplinaria del hospital psiquiátrico (Foucault, 1997). El saber² se produce ligado a esas formas de poder, nace de sus mecanismos. En el ejemplo de la psiquiatría, ese saber se construye a partir de la vigilancia permanente, el interrogatorio, la investigación con drogas, etc. (2007, p. 265). En último término, en el seno de las relaciones de poder, se constituyen los sujetos³: su forma, sus hábitos, sus gestos, sus palabras, su acción.

Bajo esta óptica del poder, se presentan algunos interrogantes que Foucault tardará en responder: ¿cómo se articulan la «anatomopolítica» (técnicas disciplinarias) y la biopolítica?, ¿por qué surge la población como superficie sobre la que se ejerce el poder?, cualquier institución moderna ¿merece el mismo nivel de sospecha respecto al control social, incluso el Estado de bienestar?

Castro-Gómez (2010, pp. 53-63) explica el cambio que supuso en la obra de Foucault la noción de gubernamentalidad y su utilidad para responder a esas y otras preguntas. Según este autor, Foucault cambia, desde 1978, de una visión más belicista y estratégica del poder a otra mirada en términos de gobierno. Es el arte de gobernar, que se pone en práctica a comienzos del siglo XVIII, el que constituye ese nuevo objeto que son las poblaciones. Habla de gobernar en el sentido de conducir el comportamiento de los individuos de determinada manera. El concepto de biopolítica, que ponía el énfasis en la normalización y el control, es abandonado en esta época para utilizar el de gubernamentalidad en sus distintos modelos históricos, que su-

pone un conjunto más amplio de instituciones y técnicas que además tienen en cuenta la dirección de las conductas individuales en el ejercicio de su libertad. Las prácticas disciplinarias y biopolíticas tienen como marco general el surgimiento de la gubernamentalidad liberal, donde el desarrollo de las libertades es correlativo al ejercicio del poder.

Los distintos modelos o regímenes de gubernamentalidad permiten, además, mayor precisión histórica y actualidad. En un primer momento, el régimen de la razón de Estado, a principios del XVIII, instituye la población como objeto y comienza a desplazar al soberano mediante el límite del derecho; pero, a mediados de ese mismo siglo, nace la mencionada gubernamentalidad liberal, donde el mercado y la economía política se constituyen como límites fundamentales a la acción del gobierno. El liberalismo produce un tipo de sujeto fundamental, el *homo economicus*: se piensa en el individuo como sujeto de interés que necesita del Estado tan sólo la protección necesaria para que pueda desarrollar su iniciativa privada. La contradicción de este modelo es que, por un lado, busca la expansión de las libertades y, por otro, necesita para ello generar técnicas disciplinarias que las protejan pero que a la vez las hacen peligrar. El último modelo es el neoliberal, que surge especialmente de las aportaciones teóricas del ordoliberalismo alemán de los años 30 y 40 del siglo XX, donde se ubica, por ejemplo, Hayek. El neoliberalismo, cuya circulación como discurso y práctica política se expandirá sobre todo a partir de los años 1970, produce una inversión en los límites: el ámbito económico no es un límite externo a la acción del Estado, sino que el Estado constituye el lí-

² Es reseñable que la relación que Foucault dibuja entre saber y poder dista mucho de la noción de ideología como cortina que encubre un saber verdadero, o de cualquier concepción que piense tal relación en términos de quienes pueden y saben frente a quienes ignoran o son engañados. Para Foucault el saber es directa y honestamente poder: «Por «verdad» hay que entender un conjunto de procedimientos reglados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación, y el funcionamiento de los enunciados. La «verdad» está ligada circularmente a los sistemas de poder que la producen y la mantienen, y a los efectos de poder que induce y que la acompañan, al «régimen» de verdad» (1999c, p. 55).

³ La producción de la subjetividad para Foucault tiene dos tipos de análisis: los modos de objetivación, esto es, todo el despliegue de poderes que nos constituyen en las subjetividades que somos tomándonos como sus objetos; y la subjetivación desde la relación de uno consigo mismo, esto es, cómo nos reescribimos actuando sobre nosotros mismos. Las investigaciones de las ciencias humanas; las prácticas divisivas entre loco y cuerdo, bueno o criminal; o el gobierno y control de poblaciones, también mediante ellas mismas (gubernamentalidad), constituyen en esencia los modos de objetivación. Frente a ellos, las transformaciones que el sujeto produce en su relación consigo mismo se desarrollan mediante las técnicas al alcance para el cuidado de sí (Revel, 2008, pp. 128-129).

mite y, a la vez, se subordina al funcionamiento del mercado. Si para el liberalismo clásico era importante no entrometerse en el intercambio (natural), en el neoliberalismo no hay tal naturaleza del mercado, sino que hay que garantizar la competencia (producida), para lo cual el Estado debe intervenir permanentemente en la sociedad civil. Si bien el neoliberalismo contiene una importante fobia al Estado, y le presupone un riesgo totalitario, sea cual sea su forma histórica, funcione como funcione, el propio neoliberalismo se contradice al requerir la intervención constante en el ámbito económico y social. Evidentemente, esta intervención se aplica en puntos diferentes a los planteamientos socialdemócratas. El sujeto neoliberal es el empresario de sí mismo, responsable de su propio bienestar, inversor estratégico de sus propios capitales, que asume los riesgos de manera privada. En política social no se trata pues, de mantener una protección social general desde el gobierno y promover el consumo colectivo, sino de evitar que nadie quede excluido del todo del juego de la competencia. Se trata de reinsertar a quienes por distintas razones han quedado fuera de unas condiciones mínimas para competir en el mercado, de manera que puedan volver a hacerlo y así garantizarse de manera privada su bienestar (López Álvarez, 2010). Las consecuencias de la gubernamentalidad neoliberal en la política social es algo que Donzelot ha retomado muy recientemente y que se explica en los siguientes apartados⁴.

2. El Trabajo Social en las obras de Foucault y Donzelot

¿Qué lugar ocupa el Trabajo Social en la obra de Foucault? En un primer momento, a principios de los años 1970, se publica un texto clave suyo (1999d, pp. 117-143) que aborda

de manera directa el Trabajo Social: *Mesa redonda: normalización y control social (¿por qué el trabajo social?)*⁵. Se trata de una tertulia, publicada en 1972 por la revista *Esprit*, sobre el papel del Trabajo Social en el control social. En ella se dan cita varios intelectuales de la época, entre ellos el propio autor y Jacques Donzelot. Pueden rescatarse de este texto varias opiniones, de mayor o menor resonancia, que constituyen duras críticas a las profesiones de la intervención social: la supuesta reproducción de las categorías de la exclusión formuladas por los campos jurídico y clínico-psiquiátrico, la sospecha de cierta sinergia con el control policial en los barrios de grandes ciudades en Francia y, en general, la consecución no consciente de fines como la vigilancia y la prevención de revueltas.

En este encuentro, Foucault se centra en resaltar que el Trabajo Social está inscrito en una función social más amplia, la de «vigilancia-corrección». Compartiría, por lo tanto, con otras instancias, la labor de vigilar y corregir. Esto último en dos sentidos: enderezar castigando y enderezar enseñando. El Trabajo Social aparece caracterizado como una labor educativa y policial. Más allá de esta postura, no encontramos en el texto una noción compartida sobre qué entienden los interlocutores por Trabajo Social, por lo que sólo queda conformarse con una gama de hipótesis formuladas al calor de un objeto difuso, relacionado en cualquier caso con la vigilancia de los barrios pobres y la figura de las trabajadoras sociales en Francia.

Después de este debate, no encontramos en Foucault otra referencia tan explícita al Trabajo Social, pero es interesante, en cambio, reconstruir la postura de su último período respecto a los sistemas de bienestar. Primero, merece la pena mencionar las propuestas concretas y consideraciones que hizo

⁴ Es evidente que el pensamiento de Foucault puede utilizarse y se ha utilizado para proponer estilos de práctica profesional en trabajo social. No es objeto de este artículo abordar la producción bibliográfica sobre los intentos de llevar a cabo un trabajo social que se sirva del postestructuralismo. En cualquier caso, es notoria la aportación de autoras traducidas al castellano como Karen Healy (2001) o Chambon, Irving y Epstein (1999), en sus distintos intentos de reformular la práctica de la intervención social, tanto la llamada tradicional como las prácticas críticas.

⁵ La versión original de este texto puede encontrarse en Foucault, Michel (1994). Table ronde. En: *Dits et écrits, II*, texto 107, 316-339, París: Éditions Gallimard.

respecto al sistema de cobertura social en Francia. En 1983 criticaba que el sistema de prestaciones impusiera una manera de vivir a sus beneficiarios, pues la recepción de ellas dependía de estar integrado en el medio familiar, en el medio laboral y en medio nacional (Foucault, 1985). La imposición de modos de vida como contraparte a prestaciones y ayudas sociales sucede de manera muy temprana y vinculada al trabajo social, como se verá a continuación con la aportación de Donzelot (1998). En un intento de aunar las demandas de autonomía y de protección social, con el auge del neoliberalismo de fondo, propone:

Una tarea de descentralización para aproximar a los usuarios a los centros de decisión de los que dependen y asociarlos a los procesos decisorios... hay pues que multiplicar las experiencias en todo lugar posible de ese ámbito tan importante de lo social, teniendo en cuenta que todo un conjunto institucional, actualmente frágil, deberá probablemente sufrir una reestructuración total (1985, p. 216).

En segundo lugar, es notorio el posicionamiento del autor frente a la fobia al Estado. Foucault denuncia un tipo de crítica simplista hacia el Estado, muy presente en su tiempo, que le presupone una esencia inflacionaria, una tendencia a crecer de manera descontrolada y dañina para el cuerpo social. Da igual cómo funcione el Estado, sea un Estado benefactor o totalitario, este tipo de crítica lo demoniza. Responde, primero, constatando que el Estado no tiene esencia, y que en cualquier caso depende de los regímenes de gubernamentalidad múltiples e históricos. Segundo, abre fuego contra el discurso neoliberal, muy interesado en denigrar cualquier crecimiento del gasto social, y propone, en cambio, que los totalitarismos fueron, al contrario, momentos de radical disminución del Estado y protección del derecho, en favor de otra estructura: el partido (2007a, pp. 219-221). En tercer lugar, es clave, para lo que sigue el efecto, de la gubernamentalidad neoliberal en la política social. En el cuarto epígrafe se tratará esta cuestión desde la óptica de Donzelot. En resumen, el neoliberalismo implica una política social de restitución de la competencia y

cobertura privada de los riesgos, lo que se opone a la solidaridad colectiva a través del Estado (pp. 217-248).

Donzelot (1998), por su parte, se acerca al Trabajo Social de una forma mucho más expresa en su estudio genealógico sobre la constitución de la familia nuclear moderna. Permite visualizar el desarrollo de la biopolítica —usa esta palabra— a partir del siglo XVIII, en lo que concierne a la regulación del ámbito familiar. Sucesivos cambios de las técnicas de poder habrían permitido transitar de un gobierno sobre las familias a gobernar a través de las familias. Se trata de un proceso histórico que va del nacimiento de la policía hasta la normalización y regulación de la vida, bajo la batuta de multitud de profesionales expertos.

El primer acontecimiento en este proceso es la constatación, en numerosas publicaciones a mediados del siglo XVIII, de la creciente preocupación por la crianza de los hijos. Los motivos en juego son, por un lado, la preocupación familiar por el honor y su vínculo con los continuos abandonos de hijos ilegítimos, y por otro, la obsesión del Estado respecto a estos potenciales trabajadores, que son desaprovechados en cuanto tales, y que constituyen un gasto económico en los hospicios públicos. Los hospicios, las nodrizas y la educación en internados religiosos serán blanco de críticas como sedes de derroche, portadoras del vicio y lugares insalubres, respectivamente.

Todo ello impulsa en Francia un intento de reorganización del comportamiento dentro de las familias. El discurso médico y la economía de los fisiócratas guían las distintas actuaciones dirigidas a salvaguardar la vida y la moral de la descendencia. Para ello se distinguirán dos líneas: una sobre las familias pudientes, protagonizada por la influencia de la medicina, el médico de familia y su relación con las madres; y otra sobre las familias populares, a través de lo que el autor llama una *economía social*, protagonizada por las organizaciones filantrópicas y por la asistencia pública.

En las familias ricas a principios del XIX se construye una relación estratégica entre el

médico y la madre del hogar, la cual refuerza la posición social de esta última y difunde los preceptos higienistas del primero. La medicina y la higiene triunfan como reforma de las costumbres dentro de la familia burguesa. La victoria de esta alianza se produce contra los saberes de los trabajadores *domésticos*, a quienes se culpa de los problemas físicos y morales de la infancia.

Del lado de las familias populares la situación es diferente. En primer lugar, los sectores obreros y humildes carecen de una motivación hereditaria y económica para el matrimonio. En segundo lugar, preocupa la masa creciente de niños abandonados, considerados como un incómodo gasto público y fuerza de trabajo desaprovechada. De hecho, la proliferación de organizaciones filantrópicas desde finales del siglo XVIII tiene como telón de fondo la búsqueda de la autonomía familiar como forma de ahorro económico general: «Se propusieron como objetivo ayudar a las clases pobres, moralizar sus comportamientos, facilitar su educación, haciendo converger sus esfuerzos hacia una restauración de la vida familiar, principal fórmula y la más económica de asistencia mutua» (1998, p. 34).

El gasto público que originaban la actividad policial y los hospicios se dispara cuando se empieza a alimentar a un número creciente de infantes, tanto ilegítimos como legítimos. El Estado francés replantea su estrategia, y tras fracasar de nuevo con la asalarización de las nodrizas, lanza un sistema de ayudas a domicilio para las madres pobres. Es a raíz de esta ayuda financiera, a mediados del XIX, como se va a introducir progresivamente el discurso médico en las familias populares. Hay otros agentes importantes en este proceso de normalización: las sociedades de patronato. Encaminadas a restituir los matrimonios, ofrecen también ayudas económicas condicionadas a demostrar el estado civil de casados. Ya en la segunda mitad del XIX se desarrollan la instrucción primaria, las guarderías, el reposo dominical y la vivienda social. Del mismo modo, se extenderán los beneficiarios de las ayudas públicas, y con todo ello nuevos incentivos para las

uniones matrimoniales. En este desarrollo de la protección social se inscribe la difusión de los elementos de higiene, alimentación y crianza de la medicina en las casas obreras.

La estrategia de familiarización y difusión de la medicina doméstica de esta época tiene su eje central en las mujeres. A la mujer burguesa se le ofrecen nuevas carreras sociales y el sector de la asistencia social profesional. A la mujer obrera, en cambio, se la hace encargada de redirigir al marido y a los hijos hacia el hogar, aportando el grueso del trabajo doméstico. En palabras de Donzelot: «Prácticamente se saca a la mujer del convento para que saque al marido del bar, dándole un arma, la vivienda, y su modo de empleo: excluir a los extraños y tratar de que entren el marido y los hijos» (p. 42).

Este despliegue biopolítico sobre la familia tiene efectos importantes en la gestión del conflicto social. Para Donzelot, tanto la labor policial de ordenación y encierro como la asistencia social y médica tienen un efecto preventivo, pacificador. La filantropía es «una estrategia deliberadamente despolitizante» (p. 58), porque desvía a la esfera privada las demandas laborales y asistenciales, y porque permite educar y vigilar a los potenciales protagonistas de la delincuencia y la insurrección. La infancia sigue en el centro de la labor de vigilancia y corrección en la segunda mitad del XIX. Las leyes de salud, educación, protectoras de la infancia, o las escuelas públicas que se desarrollan en este período, han de leerse, según esta hipótesis, como una inversión en la paz social. El Estado se ocupa de primera mano de *lo social* para contener el conflicto.

Más adelante, desde principios del siglo XX, se va a constituir una nueva red de poderes, *el complejo tutelar*, que integra instancias judiciales, médicas, psiquiátricas, psicológicas y sociales en la administración común de la infancia. La autoridad patriarcal pierde influencia, y la autonomía de la familia, fomentada en otros tiempos, se transfiere progresivamente a una nueva red de expertos que se agrupan en torno al juez, para determinar quién, en qué casos y bajo qué criterios, se hace cargo de la crianza y la vigilancia de los

menores. Resulta llamativo el hecho de que, en la descripción de este complejo tutelar es cuando Donzelot habla de manera más directa del trabajo social:

Los asistentes sociales, los educadores especializados, los animadores. Todos se agrupan bajo una misma bandera: el trabajo social... Bastante marginal a principios de siglo, el trabajador social relega progresivamente al maestro en el misionariado civilizador del cuerpo social... En el interior de estas clases sociales (*clases «desfavorecidas»*) apuntan hacia un objetivo privilegiado, la patología de la infancia bajo su doble aspecto: la infancia en peligro, la que no se ha beneficiado de todos los cuidados de la crianza y educación deseables, y la infancia peligrosa, la de la delincuencia (p. 99).

Una vez avanza el siglo XX asistimos a otra profunda mutación en el gobierno biopolítico de las familias. Se trata del triunfo del «familismo» y el psicoanálisis. La sexualidad se convierte progresivamente en asunto de Estado, un ámbito especial para la prevención de enfermedades. La familia, y con ella la sexualidad, la pareja, la crianza y la adaptación social, van a ser dirigidas por nuevas figuras expertas. El cura y el médico dan paso a los técnicos «psi»: psicólogos, pedagogos, psiquiatras y, en especial, psicoanalistas. Después de la Segunda Guerra Mundial, el psicoanálisis se impone como la disciplina perfecta para satisfacer a la vez las aspiraciones normalizadoras de la medicina social y la voluntad de distinción de las familias de clase media. La ruptura de la norma en los menores y su potencial delictivo ya no se atribuye a la corrupción moral y la ignorancia (medicina social), ni a la enfermedad mental o la perversidad (psiquiatría), sino a las relaciones conyugales y familiares, y las representaciones mentales inconscientes de los distintos miembros de la familia (el psicoanálisis). En este caso, el fracaso escolar no es algo que haya que atribuir a un defecto particular o a la responsabilidad de una persona, sino que depende de la armonía familiar y conyugal. El psicoanálisis entra en los hogares a petición propia, pues mejora las relaciones conyugales y con ella las relaciones del

niño con la educación formal, y permite la distinción social frente a la igualación que produce la escuela —y que se combate desde las escuelas de padres—. Se abre un nuevo campo de «misionariado» social que quiere eliminar trabas sexuales y afectivas, y con ello reducir la inadaptación de los hijos. En las clases acomodadas, la interiorización de la norma que trae la salud sexual y con ella la armonía familiar, se vuelve una demanda en sí misma.

En definitiva, la segunda mitad del siglo XX constituye una reedición de la explicación familiar de los problemas sociales: la responsabilización psicopedagógica de los padres. ¿Qué papel juega el Trabajo Social en este punto? Donzelot lo refleja al hablar del complejo tutelar. En este ámbito señala una relación de supeditación del Trabajo Social al psicoanálisis y a la psiquiatría. Mientras que aquel profesional aborda en primera línea la demanda material del cliente y supervisa la tutela, el psicoanalista establece «el umbral a partir del cual la familia puede funcionar como instancia contractual (...), a través de los trabajadores sociales, el psicoanalista jalona el umbral a partir del cual su reino será posible» (1998, p. 166).

3. De lo social a lo social competitivo

Posteriormente, Donzelot ha desarrollado cuarenta años más de publicaciones que llegan a nuestros días. En lo que concierne específicamente al Trabajo Social y las políticas sociales, es crucial traer aquí el problema de lo social. En el epígrafe anterior se han descrito acontecimientos que forman parte de la constitución histórica de lo social, aunque se ha hecho desde el punto de vista concreto de una biopolítica de la familia. A partir de lo social y su paso a lo social competitivo se obtiene un punto de vista de gran interés para comprender la transformación actual de los sistemas de bienestar en el contexto globalizado. Con todo ello se pretende llegar a una visión panorámica del trabajo social, la protección social y las políticas de bienestar, que pueda facilitar un pronóstico.

Por «lo social», Donzelot (1994) entiende el conjunto de actuaciones que, bajo la garantía del Estado, y en oposición a lo estrictamente económico, sirven de contrapartida a las desigualdades sociales. Las políticas de protección social surgen como respuesta al trauma posterior a las revoluciones de 1848, cuando se hace evidente la contradicción entre las promesas de igualdad de los ideales políticos y la situación real de las clases populares. A finales del XIX, la «cuestión social» es el nombre que recibe la preocupación por el conflicto social derivado de esta contradicción. Como estrategia pacificadora, el desarrollo de lo social desemboca finalmente en el Estado providencia. Lo social constituye, por lo tanto, la regulación del conflicto entre capital y trabajo a través de un espacio híbrido entre lo civil y lo político.

Pero lo social se ha transformado, en las últimas décadas, en lo social competitivo (Donzelot, 2015). No existe un simple retroceso a la época de la cuestión social, no hay una reedición del dominio liberal previo al Estado protector. En realidad, lo que acontece es un *reciclaje*, una nueva utilización de lo social con otros fines. La posición que se impone en la Cumbre de la ONU de 1995, consagrada al desarrollo social, y en la cumbre de la Unión Europea de Lisboa en el año 2000, es el de la lucha contra la exclusión mediante la implicación de la sociedad civil. Siguiendo a Foucault (2007a), Donzelot resalta el papel central de la exclusión social en el discurso neoliberal. Como se ha dicho en el anterior apartado, si el liberalismo clásico se centra en el intercambio, el neoliberalismo lo hace en la competencia. Y la competencia goza de buena salud sólo si nadie queda excluido, si hay cohesión social. En términos foucaultianos, ¿qué es lo social competitivo? No es otra cosa que la forma que adquiere lo social en el régimen gubernamental neoliberal.

Parece imposible recuperar, en la época de la globalización neoliberal, las condicio-

nes propias del Estado benefactor. Ya no se busca, dice Donzelot, la estabilidad mediante la compensación social de quienes sufren las consecuencias más duras de los ciclos del mercado, sino que se persigue la restitución de la competitividad mediante la movilización de la sociedad civil. Esto es lo social competitivo. El desempleo, por ejemplo, no se considera tanto el fruto de causas macroeconómicas, sino que se vincula principalmente a causas sociales, o más bien, a la pertenencia a grupos de riesgo: jóvenes, discapacitados e inmigrantes. La protección de estos grupos requiere de una intervención emplazada en lo local, con la participación de distintos actores sociales, y no tanto la actuación compensatoria del Estado que establezca la vida de las clases populares en los períodos de desempleo. Lo social clásico se constituyó por el reconocimiento de causas estructurales del paro, la delincuencia y las condiciones de la vivienda. Respondió a ellas compensando a la clase obrera con ingresos en períodos de desempleo, estableciendo la prevención social del delito y desarrollando la planificación urbana y la vivienda social. La hipótesis es que la tendencia actual es a restituir la competitividad de colectivos en riesgo en materia de empleo, desplazar el peso de la prevención del delito a la vigilancia y la disuasión⁶, y fomentar el acceso a la vivienda en términos de acceso a la propiedad. La búsqueda de la igualdad ha dado paso al fomento de las oportunidades.

4. Conclusiones

El paso a la modernidad significó un cambio en las formas y naturaleza del poder. Foucault describe la transición al poder disciplinario y la biopolítica en el contexto del desarrollo del capitalismo industrial, en coherencia con una serie de necesidades productivas y políticas nuevas. Florecen las ciencias humanas, gran-

⁶ La obra de De Giorgi (2006) es una aportación clave en el debate sobre el control social y el delito. La transición a un modelo postfordista, de organización del trabajo y la producción, conlleva otra gestión de la penalidad y la prevención del delito. La necesidad de disciplinamiento y corrección de quienes escapaban, en un principio, a la norma del trabajo, ha dado paso a procesos de segregación y vigilancia, encarcelamiento preventivo, control sin voluntad de disciplina y criminalización de grupos vulnerables, aquí: «clases peligrosas».

des centros de encierro agrupan en categorías los cuerpos para disciplinarlos, nacen técnicas para administrar la vida de las poblaciones que llevan la norma a lo más cotidiano. Preocupa la productividad perdida de quienes rondan las calles, pero también su capacidad para alterar el orden público, ya sea con la delincuencia o la rebelión. Preocupa el honor familiar y la propia distinción. Nace la familia nuclear moderna heterosexual y se vuelve un objeto privilegiado, la obsesión constante de diversas instancias, desde la medicina al psicoanálisis, desde la filantropía al Estado del bienestar. La protección social se vuelve eje fundamental en la gestión del conflicto. Lo social se desarrolla hasta su apogeo. Cada cambio se enmarca en diferentes gubernamentalidades, dándose en las últimas décadas la transición práctica de la liberal a la neoliberal. Es aquí donde muta lo social y la competitividad se vuelve el centro de la política. La promesa de igualdad sucumbe ante la lucha contra la exclusión, que debe sus métodos al prosaico fin de la competitividad.

¿«Quién es» el Trabajo Social en esta historia? ¿Cuál es su papel? El Trabajo Social son siempre prácticas con las que se educa, se moraliza, se normaliza, se corrige y se vigila. A menudo debe su especial influencia a su autoridad sobre las ayudas materiales que distribuye. Emanan de organizaciones privadas, públicas e híbridas. Tiene fuerza para fomentar la familia, unir matrimonios, aconsejar en la crianza y asistir al juez en su decisión so-

bre los hijos. Se dirige a personas pobres, delincuentes, y a grupos vulnerables. Teje sus fundamentos, bebe de otros saberes, de las normas higienistas, de las ciencias «psi», y crea sus propias carreras. El Trabajo Social acompaña la constitución de las familias populares y opera en la primera línea de lo social. Participa de las políticas sociales, y con ellas, en la pacificación del conflicto social.

Al Trabajo Social, Foucault le da un sentido educador y policial, vigilante y corrector, al menos en un principio. Donzelot lo vincula a la policía de las familias y al surgimiento de lo social. La biopolítica y la regulación del conflicto social son sus mundos de pertenencia. La demanda social se reorienta a lo privado, desde las organizaciones filantrópicas. La cuestión social requiere de una política de Estado, y el problema económico y social se responde en clave nacional. Sin embargo, el Trabajo Social se contagia de la lectura psicológica y familiar de los problemas sociales, se impone el psicoanálisis del siglo XX. Hoy, lo social competitivo establece una lógica local de actuación sobre los problemas sociales. En ella, el Trabajo Social porta la bandera de la lucha contra la exclusión, tocando de cerca los diferentes colectivos vulnerables. La gubernamentalidad neoliberal se impone en un mundo que se siente más en deuda con la competitividad que con la igualdad.

5. Referencias bibliográficas

- Castro-Gómez, S. (2010). *Historia de la gubernamentalidad: razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Chambon, A., Irving, A. y Epstein, L. (eds.) (1999). *Reading Foucault for Social Work*. Nueva York: Columbia University Press.
- Donzelot, J. (1994). *La invención de lo social: ensayo sobre el ocaso de las pasiones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Donzelot, J. (1998). *La policía de las familias*. Valencia: Pre-textos.
- Donzelot, J. (2015). Lo social competitivo. *Fronteras*, 8, 17-30. [En línea] Disponible en: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/handle/123456789/7250>
- Foucault, Michel (1985). Seguridad Social: un sistema finito frente a una demanda infinita. *Genealogía del poder*. Madrid: Las Ediciones de La Piqueta
- Foucault, M. (1997). *Historia de la locura en la época clásica, I*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Foucault, M. (1999a). Las mallas del poder. En: *Estética, Ética y Hermenéutica. Obras Esenciales* (pp. 235-254), III. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1999b). La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad. En: *Estética, Ética y Hermenéutica. Obras Esenciales* (pp. 393-416), III. Barcelona: Paidós,
- Foucault, M. (1999c). Verdad y poder. En: *Estrategias de poder. Obras Esenciales* (pp. 41-55), II. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1999d). Mesa redonda. *Estrategias de poder. Obras Esenciales* (pp. 117-144), II. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad: Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2007a). *El nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2007b). *El poder psiquiátrico: Curso en el Collège de France (1973-1974)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Giorgi, A. de (2006). *El gobierno de la excedencia: postfordismo y control de la multitud*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Healy, K. (2001). *Trabajo social: perspectivas contemporáneas*. Madrid: Ediciones Morata
- López Álvarez, Pablo (2010). Biopolítica, liberalismo y neoliberalismo: acción política y gestión de la vida en el último Foucault. En S. Arribas, G. Cano y J. Ugarte, (coords.), *Hacer vivir, dejar morir: Biopolítica y capitalismo* (pp. 39-61). Madrid: CSIC/La Catarata.
- Revel, J.(2008). *Diccionario Foucault*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Revel, J.(2014). *Foucault: un pensamiento de lo discontinuo*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu Editores.

